

Vargas Llosa y los místicos, los poetas

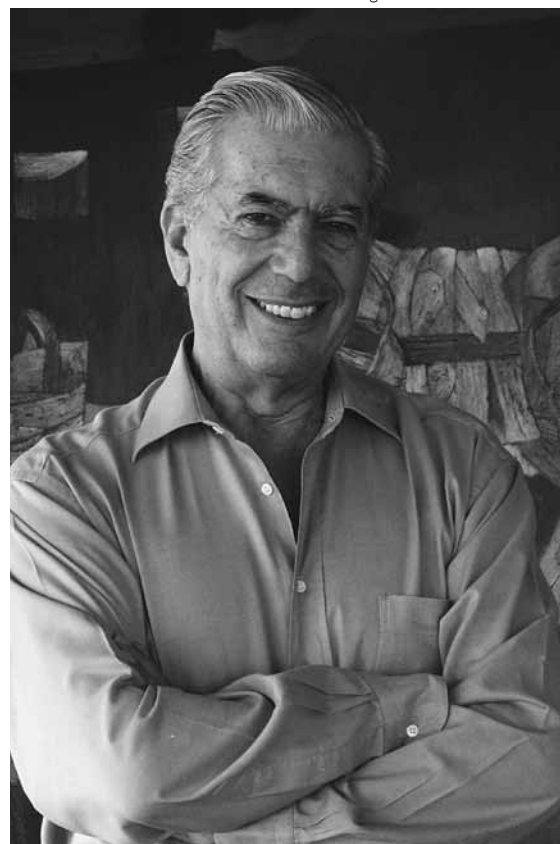
Moisés Elías Fuentes

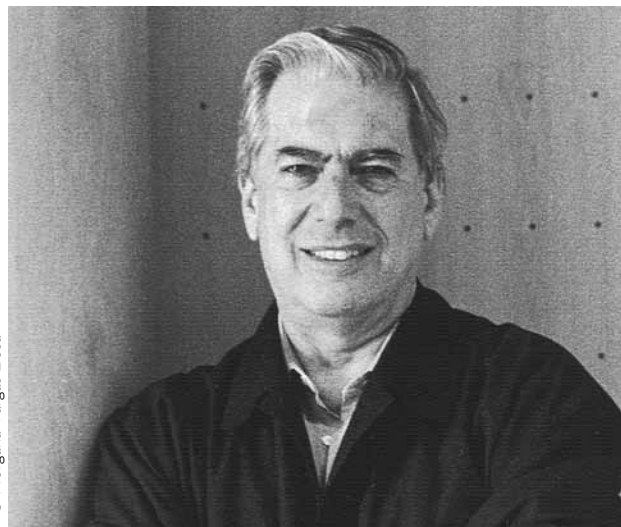
EL PRIMER ENSAYO de *La verdad de las mentiras* (libro publicado por vez primera en 1989 y posteriormente ampliado) se intitula “Las raíces de lo humano” y está dedicado a *El corazón de las tinieblas*, la mítica novela de Joseph Conrad, en la que se comunican las iniquidades y crueldades que se verificaron en el Congo belga, mientras estuvo bajo la administración de Leopoldo II. Este ensayo es el primer antecedente que, al menos en lo particular, he podido rastrear del interés de Mario Vargas Llosa en ese país; como suele suceder con el Premio Nobel de Literatura 2010, se trata de un tema que se fue ampliando hasta trascender lo meramente histórico local y cobrar un cariz dinámico y abierto de carácter universal.

Digo que como suele suceder, porque en la trayectoria literaria de Vargas Llosa varias han sido las novelas que han comenzado como investigaciones en apariencia aisladas, y que recorren el camino del estudio y del ensayo a la narrativa. Tal es el caso de su interés en las dictaduras y dictadores latinoamericanos, que encuentra su expresión literaria en *La fiesta del Chivo*, o sus indagaciones y ensayos sobre los utopistas ingleses y franceses decimonónicos, que tiene su contraparte en *El paraíso en la otra esquina*.

El sueño del celta es la expresión narrativa del interés por un tema, pero también algo más: esta novela pareciera cerrar un ciclo histórico, que se inició con *La fiesta del Chivo* y se continuó con *El paraíso en la otra esquina*; me atrevo a hablar de ciclo en tanto que las tres novelas observan un trato intimista con la historia y la historiografía como disciplinas, trato que evoluciona en cada una de ellas y que encuentra su expresión más cerrada, concisa y concéntrica en *El sueño del celta*.

Foto: cesión de editorial Alfaguara





Con base en los informes de irlandés Roger Casement, diplomático del servicio exterior británico a principios del siglo xx, sobre las condiciones de trabajo en el Congo belga y en la Amazonía peruana, en cartas del propio Casement y de sus amigos, y en testimonios y escritos diversos sobre el mismo, Vargas Llosa reconstruye la historia interior de este personaje, alternadamente exaltado y vilipendiado por la historia oficial, tanto británica como irlandesa.

El autor revisa y reinventa su tema, así como revisa y reinventa su estilo narrativo para incursionar en la historia. El gran tema de la narrativa de Vargas Llosa, aparte del amor, ha sido la historia, el modo en que ciertos sectores de la humanidad la quieren reducir a hechos predeterminados y deterministas, y el modo en que el grueso de la humanidad, representado en más de una ocasión por unos cuantos, se rebela a los designios deterministas y examina e imagina una nueva historia, muchas nuevas historias.

La ficción, el fingimiento, nos lleva a vivir lo que desearíamos ser, lo que quisiéramos gozar y sufrir. La historia, como materia de la ficción, nos lleva a vivir de otra forma lo que somos, quiero decir, a cuestionar lo que somos, a ponerlo en crisis. En *La fiesta del Chivo* la ficción pone en crisis la farsa histórica encarnada por la dictadura de Rafael Trujillo; en *El paraíso en la otra esquina*, la ficción cuestiona y delibera con la utopía, tentación de la historia si las hay, personificada en las figuras de Florita Tristán y su nieto, Paul Gaughin, a un tiempo dobles y complementos de sí mismos. En *El sueño del celta*, amonesta y enaltece con el mismo ímpetu la pasión de Casement por la libertad, pero no lo hace a través de un personaje de ficción que anda

y desanda los pasillos de la historia, como la Urania Cabral de *La fiesta del Chivo*, ni de un narrador en segunda persona que, burlón y juicioso a la vez, susurra o gruñe a Flora y Paul las contradicciones y miedos y convicciones que los fustigan y los acechan. Para Casement, hombre que sueña, el único interlocutor es él mismo, sus prudencias y arrebatos, sus silencios y exclamaciones, porque la única materia de nuestros sueños somos nosotros, nos con los otros.

El narrador de *El sueño del celta* prodiga una tensa y a ratos angustiada e incluso exasperante tercera persona que no condesciende ni en los momentos más íntimos del personaje, aquellos en que éste incursiona por los vericuetos de los deseos sexuales o por los convencimientos de la lucha social. El narrador custodia la soledad de Casement porque sólo podemos afiliarnos a su mundo interior desde nuestra propia soledad, desde nuestra otredad.

Situado el tiempo narrativo objetivo en los días antes de la ejecución de Casement en una cárcel londinense, acusado y hallado culpable de alta traición al Imperio Británico, con su maestría acostumbrada en el dominio del tiempo narrativo subjetivo, Vargas Llosa nos sitúa en los otros mundos y las otras realidades e irrealidades por las que Casement ha transitado a lo largo de su vida. Realidades: Casement conoce los turbios designios entrañados por la Compañía de Leopoldo II, dedicada a la explotación del caucho en el Congo belga, empresa que el monarca había presentado al mundo como un acto de suprema filantropía para sacar del atraso casi prehistórico en que la civilizada Europa veía al país africano. Irrealidades: Casement cree identificar en Joseph Conrad un espíritu parejo

al suyo, y pasa por alto los deseos y las codicias individuales que hicieron y hacen del polaco naturalizado inglés un alma solitaria y discordante.

Novela histórica escrita con los recursos estilísticos de un escritor avezado, *El sueño del celta* es también una narración que proviene de añejas raíces, que si por un lado apuntan a la novela decimonónica francesa, a la que Vargas Llosa ha acudido una vez y otra en su discurso creativo, por otro apuntan a lo real maravilloso, en especial a los exquisitos pastiches de reconstrucción histórica y ficción del cubano Alejo Carpentier y a los juegos de ficción, ensayo e historia caros al español Ramón J. Sender.

Si bien Vargas Llosa, como todo hacedor de historias que se precie de serlo, nos invita a asomarnos, a caminar por las veredas, callejones y avenidas por las que camina el personaje, precisamente por esa invitación subraya que somos otros con nuestras vidas originales, las que quisiéramos cambiar y que cambiamos cuando participamos de la ficción, del fingimiento. Personaje de ficción por medio de los recursos novelísticos, Roger Casement también fue un personaje real, y como tal se vio tentado, ser humano de todos los días al fin y al cabo, a ser otro. Aunque no se presentaron como pruebas vinculantes durante el juicio que se le siguió por traición, en plena Primera Guerra Mundial, el gobierno británico permitió que se filtraran a los periódicos los diarios de Casement, en los que veraz o falazmente éste apuntó sus casuales encuentros homoeróticos con jóvenes congolese, peruanos, brasileños. En los diarios se refieren muchísimos de estos encuentros, lo que lleva a pensar que tal vez son exagerados, toda vez que Casement padeció la mayor parte de su existencia artritis reumatoide, enfermedad dolorosa y agobiante como pocas.



Mario Vargas Llosa
El sueño del celta
México, Alfaguara
2010, 451 pp.

Sutil lector de realidades e irrealidades, Vargas Llosa propone una versión de estos apuntes: no siempre fueron ciertos los escarceos y devaneos aseverados, sino el resultado de los empeños de Casement por llenar el vacío emocional impuesto por su opción sexual, en una época característicamente basada en la intolerancia hacia las opciones sexuales como derecho humano. Como todo ser humano, Casement, el histórico y el ficticio, también ansía vivir sus otras vidas posibles.

Novela disciplinada y desbordada, orientada e improvisada, *El sueño del celta* reitera los sueños del escritor y del hombre que es Mario Vargas Llosa, que busca en las luces y las sombras del otro, nómbrese personaje o lector, las luces y sombras de su propia circunstancia. Luz y sombra de sí mismo, con quien no siempre se puede estar de acuerdo, con quien no siempre se debe estar de acuerdo, pero a quien no podemos regatearle que, en efecto, las otras vidas que hacen posible esta vida, se develan y acercan a través de lo que han visto los místicos, los poetas, en los que el reo condenado a muerte tanto piensa; las visiones que visitan y atribulan a Casement en su encierro moral y físico, lo liberan del presidio y de su ser. Es el sueño libertador que nos inspira a liberar, así sea en la ficción literaria, a nuestras propias vidas. ■■